

Cual otra vez sobre el Siná, dispensa
Ya su luz sobre el sacro Capitolio,
En tu florida edad, ¡oh gran prelado!
Al pié de su gran trono te dió parte,
Para que, de su espíritu animado,
Pudiese trasladarte
Donde los puros rayos que bebieses
En benéfica esfera difundieses.
Ni otro primer teatro bastaría
Al que para la silla disponía
Que á aquella comun madre venerada
Mejor en serie y perfeccion traslada;
Pues si el tirano dictador, que doma
A su ambición altiva
En Farsalia las águilas de Roma,
Copia llamó expresiva (1)
En pomposa riqueza
A tu ciudad de su inclita grandeza,
No es, oh ilustre prelado, más romana
Idólatra Sevilla que cristiana (2).
Desde que el gran pastor á quien el mando
De su redil dió Cristo, hasta el distante
Océano su celo propagando,
La fe en los siete montes ya triunfante,
Con las columnas de Hércules termina (3);
Su potestad divina,
Ministro siempre fiel, Geroncio hereda,
Y el renombre cristiano
Por su desvelo queda
Dominando en la patria de Trajano (4).
Ya en el Tartesio todo arde el incienso
Sobre las nuevas aras del Inmenso.
Hispalis honra la deidad suprema,
Y el busto infame de la Siria quema (5).
Triunfo de vuestra sangre fué inocente,
Oh víctimas, que tiernas (6)
Trasladó el impio acero
De Daciano inclemente
A delicias eternas;
Y triunfo vuestro fué, si el lastimero
Llanto en reposo vuestro pueblo vino
A trocar en los brazos de Sabino (7);
Reposo, Hispalis, triste y pasajero.
Ya el vándalo la incendia, y el romano
En ella sacia su furor insano;
Respira un poco, y gime ya de nuevo
Bajo el cetro terrible del suevo;
Cuando el godo arriano
Sus coligadas huestes desbarata
Y el mando en ella y el error dilata.
Mas entre tanto, religión divina,
En sólio de tu gloria permanente,
Sacro pastor, que riges tú, domina (8);
Y del negro torrente
El vapor desterrado pestilente,
Dos héroes tuyos con ilustre celo
El rebaño ya cándido te entregan (9);
Por tí sus nombres con ligero vuelo
Hasta el Oriente llegan;
Por tí amantes sosiegan
De tu Señor en ellos los vicarios,
Y por tí de las llaves sacrosantas

ahora con las muchas correcciones autógrafas que hizo en ella su autor, y tenemos á la vista. (Nota del Colector.)

(1) Julio César, de su nombre y el de Roma, dió á Sevilla el de Julia Romula, según el testimonio de san Isidoro. (Nota del Autor.)

(2) Quien haya leído la historia eclesiástica de Sevilla, verá ciertos rasgos de semejanza y muy estrecha comunicación, especialmente en los tiempos antiguos, con la de Roma. (Idem.)

(3) Los apóstólicos, que casi todos predicaron en la Bética, fueron enviados por san Pedro y san Pablo. (Idem.)

(4) San Geroncio fué discípulo de los apóstoles, ó al menos de los apóstólicos. Predicó en Italia para fundar la iglesia de Sevilla, según la costumbre de los apóstólicos, que las establecieron primero en los pueblos más cortos, para mayor seguridad. (Idem.)

(5) En la Bética había un rito de la Siria en obsequio de Vénus, bajo el nombre de Salambo, en memoria de su llanto por Adónis. (Idem.)

(6) Las santas Justa y Rufina. (Idem.)

(7) Este famoso prelado fué uno de los que asistieron al concilio de Iliberi. (Idem.)

(8) Sólo hay un obispo intruso, llamado Epifanio. (Idem.)

(9) Así consta por las mismas cartas de los pontífices romanos. (Idem.)

Se ven depositarios (10);
Y á Laureano, del error vencido
Por premio, en Roma tú al honor levantas
Antes á Policarpo concedido (11);
Mas ¡qué espíritu nuevo y poderoso
Siento elevarme? impulso más grandioso
El ánimo estremece,
Y á mi vista otra esfera ya se ofrece.
Nombres que de oro en láminas gloriosas
Del Dios que áun defendéis, al par durables
Grabó la eternidad con justa mano.
¡Ah! ¡cómo entre guirnalda victoriosas
Los filos de la Parca inexorables
Desprecias desde el sólio soberano!
Yo el tiempo veo domado,
Tras vuestro carro triunfador atado,
Y una luz que al sol vence y que os inflama,
Y que contempla atónita la Fama.
Alza la vista; ya se te presenta
De Leandro ¡oh prelado! la encumbrada
Gloria; ve la sangrienta
Hidra á sus piés postrada.
Como nocturnas aves, cuando ufano
Despliega Febo el rayo soberano,
A los cóncavos troncos se retiran,
Y el odiado esplendor turbadas miran,
Tal la caterva del error insana
Se precipita rauda á su presencia;
Osado quiebra la prisión tirana,
Y la Iglesia abre al godo su clemencia.
Nueva luz aparece, y en Toledo
Feliz triunfa Leandro en Recaredo (12).
Gregorio ante el su corazón derrama,
Y se goza al halago de su fama (13),
Y el ornato preciado,
De la ambición en vano suspirado (14),
Orna sus hombros.... Pero ya la aurora
Que en bellas lumbres alegró la esfera,
Cede á la muerte, porque goce el día
Del astro angusto que los cielos dora.
Igual triunfante sol que reverbera
Los vivos rayos sobre la onda fría,
Que con reflejos trémulos compite
De su iluminador la gallardía,
Sin que el rey de la luz tema el intento
De que esplendor hurtado al suyo imite (15);
Astro más claro así del firmamento,
Brilla Isidoro, mientras que ilumina
Su escuela al orbe en celestial doctrina;
Y el eco de su voz con noble acento
En su iglesia resuena,
Hasta que, en sus destrozos, ya sublime
Se ostenta la bandera sarracena.
¡Oh amargos días! Mira cómo gime,
Oh prelado, en la misera cadena
Tu pueblo, y cómo esgrime
El despiadado alarbe la cuchilla
Con que el suelo ensangrienta á tu Sevilla.
Ve cómo apenas osa,
Atónito el cristiano, la llorosa
Faz levantar al cielo.
Ve cómo entre su amor y su recelo
No halla dónde ofrecer, sin ser manchada,
La sangre de la víctima sagrada;
Tal tímido rebaño,
Llover mirando de la nube el ruego,
Inmóvil resta y sufre mayor daño.

(10) *Salustio* y *Zenón* fueron hechos delegados pontificios por los papas Félix III y Hormisdas, y la primera iglesia de España que obtuvo esta distinción fué la de Sevilla. (Nota del Autor.)

(11) El Papa, según las actas, concedió á san Laureano el ejercicio de los pontificales en Roma, honor grande en la antigüedad. (Idem.)

(12) Cuanto hizo el Rey en el concilio de Toledo fué obra de san Leandro. (Idem.)

(13) Así y aun más expresivamente habla san Gregorio á san Leandro en sus cartas. (Idem.)

(14) El *pallio*, que se concedió tan raras veces y á costa sólo de repetidas suplicas antiguamente, lo envió espontáneamente san Gregorio al prelado de Sevilla. (Idem.)

(15) Esto alude á que todos los discípulos de san Isidoro, como san Ildefonso de Toledo y Braulio de Zaragoza, fueron muy inferiores á él. (Idem.)

Mas de Isidoro el amoroso ruego
La diestra armada del Señor detiene,
Y, roca incontrastable,
La fe siempre gloriosa se sostiene
Contra el furor del piélagos alterable (1),
Hasta que, las prisiones desatando,
Hizo inmolar Fernando
El eterno cordero
Donde Leandro lo inmoló primero (2).
La piedra estable, y de la Iglesia amparo,
Así tu silla en duración retrata,
Y así de santo honor comercio caro
En dulces lazos de piedad las ata;
Lazos que desde el tiempo más remoto
La turbadora envidia nunca ha roto,
Y en premio de la púrpura romana
En los más de sus inclitos pastores
Tu ilustre iglesia se engrandece ufana,
Y áun presaga se goza en tus honores;
Que el curso luminoso de tu gloria,
Del sol siguiendo la feliz carrera,
Término hará de su region primera.
Poco es esto á tu honor: de tí la historia
Más se promete; que tu ilustre pecho
De tanto claro hecho
De tus antepasados (3)
Imágen ha de ser, y en tí inspirados
Los alientos del alto Vaticano,
Vida serán del pueblo sevillano.
Mas sobre todos el castalio coro
Vibra el plectro sonoro,
Y a ¡oh dulce (clama) venturoso instante!
A nuestro gremio, de temor errante,
Que ya la triste turba de Helicon
Del oprobio mortal desaprisiona.
Cumple sus votos, ¡oh prelado! El Tibre
Mire á tu Bétis trasladar su gloria;
Vuele el ingenio por tu mano libre,
Y de Hispalis renazca la memoria.
Sobre los héroes que en clarín sonante
Celebra el monstruo alado
Te verás elevado,
Y tu renombre, de la edad triunfante,
En el templo de Pálas colocado;
Y la posteridad, al ver las aras
En que su culto eternizar preparas,
Repetirá tus glorias, de amor llena,
Mientras derrama el sol su luz serena.

X.

AL FELIZ CUMPLEAÑOS DEL REY
DON CARLOS IV.

Del alto Olimpo, soberana Clio,
Descendiendo pronta, y á mi pecho inspira
El sacro aliento de tu heroico brío,
Y dulce acento á mi templada lira;
Y cantaré la gloria
De este felice día,
Cuya grata memoria
Será eterna alegría
Del español imperio
Mientras que Apolo dore su hemisferio.
Cantaré el triunfo con que al templo angusto
Donde la religión su trono ostenta,
Llega el monarca que, piadoso y justo,
Victima sacra á la deidad presenta:
Dos orbes que, gozosos
Con su imperio sagrado,
Contra esfuerzos furiosos
Del error coligado
A un poder insolente,

(1) Aunque algunos autores dudaron que en Sevilla se conservase la fe bajo el cautiverio, el hecho está ya fuera de toda controversia, pues constan los nombres de los prelaos que hubo bajo la dominación de los árabes. (Nota del Autor.)

(2) La antigua catedral fué convertida en mezquita, y ésta, en la conquista, otra vez en catedral; de suerte que la iglesia actual está en el mismo sitio que la antiquísima. (Idem.)

(3) Son notorios los servicios que la casa de Despuig ha hecho á la Iglesia, especialmente en la Orden de San Juan. (Idem.)

A sus piés va á ofrecerle reverente.
Vedlo ya entrar en el inmenso templo,
Do las sacras imágenes admira
De los ilustres héroes, claro ejemplo
Del que á la cumbre de virtud aspira.
Allí, ¡oh Pablo! allí estaba
Tu estatua, ¡oh Agustino!
Y la que te copiaba,
Jerónimo divino;
Allí el prelado sabio
A quien dió nombre su elocuente labio.
Magnífica y sencilla arquitectura
De suspensión á Carlos tiene lleno:
Mira la copia, mira la hermosura
De las riquezas del indiano seno.
La angélica armonía
De genios celestiales
Lo inunda en alegría;
Ya de las inmortales
Glorias ve resplandores;
Que no da religión premios menores.
Ve las virtudes todas, que, obsequiosas
Unas sostienen encendidas teas,
Y otras cargan las auras deliciosas
De las fragancias indias y sabeas.
Las unas al elemento
Rey mil votos repiten,
Las otras mutuamente
En su elogio compiten;
Por fin al sitio llega
Donde á la religión su ofrenda entrega.
En áureo trono la sagrada diosa
Sentada está con majestad amable,
En claridad bañado luminosa
Su rostro, á un tiempo dulce y adorable;
La corona es de ardiente
Rubí y el soberano
Cetro que airoosamente
Tiene en la ebúrnea mano;
¡Ah! ¡quién no se rindiéra,
Religion amorosa, si te viera!
A cuya vista Carlos, trasportado,
Arrodillóse respetosamente,
Consagrando con ánimo humillado
Su corazón y reinos juntamente.
«La víctima no es digna,
Dice, ¡oh sagrada diosa!
Mas tú, deidad benigna,
Recíbela piadosa.
¡Ojalá yo pudiera,
Que el mundo todo á tu poder trajera!»
Así oró Carlos, y del alto trono
Descendiendo la diosa prontamente,
«De esta suerte, mortales, yo coronó
Al honrador del Padre omnipotente»,
Dijo; y de su cabeza
La diadema quitando,
¡Oh divina fineza!
Y á Carlos coronando,
Lo dejó más glorioso
Que el vencedor de Dario sanguinoso.
Y «Oh monarca, signió, los altos cielos
Cumplirán pronto tus rendidas preces,
Si en copiar de tus inclitos abuelos
Las gloriosas virtudes permaneces:
Las efigies sagradas
De Luis y Fernando
Mira allí colocadas:
Dános un tiempo cuando
Haga yo que la tuya
En el ilustre número se incluya.
»Siempre te acuerde, Carlos, este día
Aquel en que, naciendo, yo en mis brazos
Te consagré al Eterno, amante y pia,
Y procura estrechar tan santos lazos.»
Dale su cetro al punto,
Y en un excelso asiento
Lo coloca á sí junto;
Una voz de contento
El ancho templo llena,
Y el nombre amado con placer resuena.
Levanta, pues, tu vista venturosa,

Y gózate en tu rey, feliz España;
Llega á tal trono, llega presurosa,
Y con alegre llanto sus piés baña.
¡Oh padre poderoso!
Por larga edad prospera
Monarca tan piadoso;
Y hasta que su carrera
La de Nestor termine,
Su pacífico cetro nos domine.

XI.

AL PUEBLO HEBREO,
EN LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Levanta hacia los cielos la doliente,
Mas otro tiempo vista bienhadada,
¡Oh reina del Oriente!
Mira la esfera arder iluminada
Al resplandor de majestad que espira
El rostro de tu Rey bañado en ira.
No ya triste Sion lágrimas vierte,
Tu grandeza previendo derrocada,
Sobre tu infausta suerte;
Velo ceñir la gloria despojada,
Y que triunfo sin fin es decretado
Al que su vida prodigo te ha dado.
Ya una nube lumbrosa lo levanta,
Y atónico el Olimpo á su hermosura,
Eterno *hosanna* canta.
¡Ah! Vuela ya, Señor, hacia tu altura,
Y al pueblo ingrato á abandonar empieza,
Indigno de tu vista y tu ternura.
Y en el seno del Padre glorioso,
De rayos inmortales coronado,
Goza tú almo reposo.
Ni más los ojos de divino agrado,
Ojos que esparcen lumbre regalada,
Vuestras, amante, á tu infeliz morada.
Sufrá el reo linaje, y de su pena
Arrastre, infame, con mortal quebranto
La misera cadena;
Goce en herencia eterna inútil llanto,
Y de tu vil suplicio lo atormente
Vivo cual furia el crimen en su mente.
Partes en fin, te muestras Dios, y oprime
A tu ciudad, que la burló propicia,
Tu majestad sublime;
Y en tus ojos ardiendo la justicia,
Desde el trono de nubes soberano
El rayo vibras en la airada mano.
Lo vibras, y amenazas el gran día
Que has de lanzarlo, de terror cercado,
A la caterva impia;
Aplácalo, Sion, contra tí armado....
Mas ¡ay! que ya á tu vista se ocultó,
Y tu esperanza desapareció.

XII.

Á LA DECADENCIA DE LA GLORIA DE SEVILLA.

ODA LEIDA EN LA JUNTA GENERAL DE LA SOCIEDAD
PATRIÓTICA DE SEVILLA, EL 23 DE NOVIEMBRE DE
1795, ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA.

Hoy, de Muza ya rotas las cadenas,
¡Oh reina del Tartesio doloridal
Dejas el luto de tus largas penas,
Y á cánticos de gozo te convitas
El cielo, que, tus quejas escuchando,
Al poder te entregó de san Fernando.
No ejércitos triunfales
Te hacen llorar destrozos inmortales,
Ni ves correr tus lágrimas mezcladas
A la sangre enemiga en sus espaldas.
Tu augusto vencedor te abraza tierno,
Y de piedad brillándole el semblante,
Descanso te promete y gozo eterno
Y paz festiva, en dichas abundante.
No es la espada el honor de su corona,
Y apenas ha vencido, la abandona;

Que ¡oh gran modelo de los sabios reyes!
Cercado de naciones enemigas,
No entre las lanzas tu poder abrigas;
Mas ciencias, artes, leyes
Son la excelsa muralla de diamante
Con que ciñes tu trono vacillante.
Hispális, de envidiar ya el tiempo deja
En que ansiaron las venas Marianas
Las naciones del orbe más lejanas,
Y en que, obstinada la fecunda reja,
Coronó de su dueño los sudores
Con mil y mil placeres,
Envidiando su dicha Baco y Ceres.
Ni sujeta á ambiciosos destructores
Timida probarás tu incierto gozo,
Oyendo rechinar el carro airado
En que amenace Marte tu destrozo;
Mas sin recelo al paternal cuidado
De un pueblo te confías,
Que en paz gozosa sus tranquilos días
A la sombra disfruta de las aras
De un núnmen amoroso,
A quien las dichas del mortal son caras,
Y abundancia entre cándido reposo.
En prenda les concede de la herencia
Que sin fin les destina su clemencia.
Fernando es el autor de tu ventura,
Fernando el árbol de tu gloria planta,
Que en nudosas raíces se asegura
Y firme hasta los cielos se levanta.
Todo es bien de Fernando, y á él le debes
Los siglos venideros
En que á domar la América te atreves;
Por el colmado gozas tus graneros,
Por él dichosa tu prole augusta
Rica te hace en juventud robusta,
Y el néctar de abundancia, que á porfia
Ves derramar los dioses en tu seno,
El alto esfuerzo de tus hijos cria,
Con que, olvidando tu confin ameno,
Lleven sobre el gran mar en tus entenas
Al opuesto hemisferio las cadenas.
Ni de Agosto los dones,
Cuando al sol brilla la dorada espiga,
Tanto cerca en tropel la avara hormiga,
Ni tanto en laboriosos escudrones
Enjambre hibleo entre susurro grato
Con sediento conato
Solicito atesora
El dulce llanto que vertió la aurora,
Como de Grecia y de la fértil tierra,
Que, de todo saber primera fuente,
Ya sólo escorbros de su gloria encierra,
Y del campo que alegra el sol naciente,
Y de la Arabia ardiente,
Y de do Febo las entrañas dora
De la honda tierra con su luz criadora.
Por tí los pueblos con afán inquieto
Surcan el mar en agitada prora,
Y á tu imperio sujeto
El dios del gran tridente,
A sus naves manda que las naves,
Que peligrarán de riqueza graves,
Hacia el Bétis empujen blandamente,
Evitando con arte
El escollo traidor del baluarte,
Con que, envidiosa en otro tiempo Tétis,
Sus reinos quiso separar del Bétis.
Muchas veces Neptuno se acercaba
En su cerúleo carro hasta tus muros,
Y tu opulenta márgen contemplaba,
Do los afanes duros
Del labrador recompensados via
Cuando Amaltea el cuerno derramaba,
O al murmurio fecundo en alegría
De tu pueblo gozabase, que altivo,
Ni conoció el rigor de adversos hados,
Ni del ocio el mortífero atractivo;
Y despues, hermanos
El labrador y artífice en tu orilla,
Trasladaban sus frutos
A recibir en la volante quilla

De las remotas playas los tributos,
Y áun les promete el mismo dios, contento,
En premio darles no esperado aumento.
Ni abandonar tus márgenes podía
Alegre el rey del Ponto en tu opulencia,
Admirando en tus hijos la osadía,
Que emula del Criador la omnipotencia,
Y extiende nuevos cielos estrellados
Y alza al Olimpo fértiles collados,
Y abre valles profundos
Con el pincel engendrador de mundos;
Y al mármol yerto comunica vida,
Que al varon sabio y fuerte,
A pesar de la Parca enfurecida,
Segunda vez redime de la muerte;
O aquel poder divino
Que de los senos de la nada forma
Los prodigios del cielo cristalino,
A sus obras elige excelsa norma
Del arte soberano con que Herrera
Ennoblecíó tu plácida ribera.
En tanto que á región más elevada
Sublimado el humano entendimiento,
Corrió los giros del celeste asiento,
Bajó á la tierra de metal preñada,
Vió las fuentes y el orden de la vida,
Y la nublosa antigüedad vencida,
Los siglos reprodujo y las hazaiñas
Ocultas del sepulcro en las entrañas,
Y con noble porfia
Al Infinito conocer intenta
En cuantas obras al mortal presenta,
Y en su misma eterna sabiduría.
Gózate ufana; gózate, Sevilla,
En tanto lauro que en tu frente brilla;
Gózate en tus grandezas y placeres;
Mas al cielo las manos levantando,
Clama grata: «Tú solo ¡oh gran Fernando!
Los cinco siglos de mis dichas eres.»
Mas ¡qué maligna nube
Desde Aquilon, con hórrido bramido,
Por tu horizonte tenebroso sube
Y á tí dirige su rigor temido?
El despiadado enojo del Tonante
Encierra viva en el sulfúreo seno,
Y en penas y destrozos fulminante,
Sobre tí lanza mares de veneno.
Todo es en tí desolacion y muerte,
Y el hado, que ya envidia tu grandeza,
En pálidas cenizas te convierte.
Llantos de sangre manchan tu belleza,
Y al ver que ya tu pueblo en tí no hallas,
Lo buscas, y al mirarlo te estremeces,
Sin vida, al rededor de tus murallas.
¡Miser! El cielo desechó tus preces,
Y al decreto funesto,
En fin, gran hija de Hércules, pereces,
Y Atropos, para honor de sus crueldades,
Apénas de tu gloria un débil resto,
Triste ejemplar conserva á las edades.
Pero á mayor castigo
Núnmen fatal te abandonó enemigo,
Cuando la ociosidad en regio asiento
Avasalló tus inclitos hogares,
Y, de placeres ébria, en un momento
El cetro de los mares,
Fruto de largos siglos, torpemente
De sus manos caer miró indolente.
Murió ya ¡oh patria! tu altivez primera,
Y en ignominia el ánimo abatido,
El hombre es para sí toda la esfera,
Y el anchuroso mundo considera
Cual leve rayo de esplendor fingido.
Pájizo techo de infeliz cabaña
Así basta al pastor, contento sólo,
Con evitar del aquilon la saña,
Ni cuida si otro polo
Al suyo hay contrapuesto, ni si envía
El hielo Bóreas ó arde la Etiopía.
¡En qué ¡oh dioses! el Bétis ha faltado,
Que así el trono perdió, porqué algun día
Ardió el Mosa de celos abrasado?

Llegará un tiempo ¡tiempo venturoso!
Gremio inflamado de fecundo celo,
Que tu vista dilates victorioso
Por ese que ahora mustio y yermo suelo,
Está de tus esfuerzos esperando
Que la edad le renazca de Fernando,
Y estrechados en brazos fraternales
El poder y la ciencia,
Te brindarán delicias inmortales.
En tanto, oh celestial beneficencia,
Templa tu noble sed, cuando presides
Esta á tu honor sagrada competencia,
Donde de Astrea en la balanza mides
Sencillos premios que de tí son gratos
De la industria á los fértiles conatos;
Que así los héroes Élide formaba
Entre el pomposo juego,
Y el laurel que las sienas adornaba,
Hizo al Asia temblar del nombre griego.
Tu amante ardor inspíranos, ¡oh diosa!
Ardor inspira á tu escogido gremio,
Que no desmaye al dilatarse el premio;
Que el que planta la palma victoriosa
No goza de su fruto;
Mas á su afán dulcísimo tributo
Es sin cesar la imagen lisonjera
Del bien que hace á la prole verdadera.
Ni se marchita el ánimo orgulloso
Del fiero persa porque ciña el giro
De Babilonia muro inexpugnable,
Y el Eufrates inmenso sea su foso;
Su esfuerzo dobla el obstinado Ciro,
Y mente invicta y mano infatigable
Leyes dan al Eufrates, que, obediente,
Su mar en lagos dividir consiente,
Y Babilonia cede, ya cautiva,
Al sordo cerco que desprecia altiva.

XIII.

Arbitro excelso, á cuya voz el mundo
Nacer la serie de los siglos mira,
Y en trono inmóvil las mudanzas todas
Sólo dispones;
Si á los clamores de piadosos pechos
Los giros templas de la edad voluble,
Y amansar sueles el rigor del cetro
Omnipotente;
El sol, que en nunca fatigado carro
Su angusta lumbre por doquier derrama,
Gloria no mire que á la hispana gloria
Emula eclipse.

XIV.

LA GRATITUD.

No es justo, Lide, que tan dulce día
Muera en las sombras del ingrato olvido.
Gloria á la reina del Idalio pia,
Gloria á Cupido;
Y gloria á Apolo, cuya lira pudo
Vencer, oh Lide, tu constancia altiva;
No te avergüences en el bello nudo,
Nueva cautiva.
Hoy, que de Febo medio giro falta,
Y otras dos vueltas porque espere Mayo,
¡Quieres ver cuánto, victoriosa, exalta
Vénus su rayo?
Vén, y entraremos al jardín que tiene
De mil colores la feraz Pomona,
Para grandeza del que augusto ciñe
Doble corona.
No ya las fieras de la Arabia inculta,
No las serpientes que la Libia infaman,
Ni solo el mundo que Neptuno oculta,
Diosa la aclaman;
¡No ves, bien mio, las púrpúreas flores
Sentir las leyes á que tú has cedido?
Aun esos troncos desmayar de amores
Hace Cupido.

Amor es alma de que el orbe vive;
 Autor celeste del ardor fecundo
 En que las auras de su sér recibe
 Plácido el mundo.
 Id, oh guerreros, desolad la tierra,
 Pródigos monstruos de la humana vida,
 Y á Roma acabe ciudadana guerra,
 Y estremecida.
 El Asia ceda al Macedonio fiero,
 Que sus dominios inmóvil á su gloria;
 Yo en tanto, Lide, de tu pecho quiero
 Dulce victoria;
 Que no laureles de feroz caudillo,
 No gloria emulo de virtud tirana;
 No de diamantes el ardiente brillo,
 Lide, me afana.
 Dulce inocencia, y mi dorada lira,
 Y tus amores mis delicias sean.
 ¡Ay! cómo al fuego que el amor te inspira,
 Ya centellean.
 ¡Oh! Lide mía, tus festivos ojos
 Y á tus mejillas las lascivas flores
 Van trasladando los esmaltes rojos
 De sus colores.
 Siéntate, amada, y en la sombra bella
 Por ese prado que de amor suspira,
 Tu vista, imagen de riente estrella,
 Lánguida gira.
 ¡Cual yo tus glorias grabaré en mi mente,
 Año festivo, en que del cetro ibero
 Al cuarto Carlos la española gente
 Jura heredero!

XV.

Entre todos tus genios sobrehumanos,
 Sacra filosofía,
 ¡Cómo podrás negar la primacía
 A tu gran hijo Tales? Los arcanos
 De tus divinas fuentes
 Al noble observador fueron patentes,
 Cuando dijo que el agua es de este mundo,
 Si no el primero sér, un dios segundo.
 ¡Agua, celeste don! Tú eres del cielo
 El néctar y ambrosia;
 Tú, con las nieves preservadas fría,
 Eres la copa de inmortal consuelo
 Que al padre omnipotente
 Ministra el rubio jóven. Solamente
 Tú eres la sangre plácida y hermosa
 Que, herida de mortal, vertió la diosa.
 ¿A qué elemento cupo igual fortuna?
 En tus claros licores
 La suave deidad de los amores
 Tuvo su bella y deliciosa cuna,
 Dejando en tus cristales
 Embebidas sus gracias celestiales.
 ¡Oh, pues, cuna de Venus y retrato,
 Quien no te adora es un mortal ingrato!
 Todos el himno repetir debemos
 En que tus glorias muestra
 El cantor de la olímpica palestra:
 «A Júpiter por rey reconocemos
 Del sacro eterno coro;
 El rey de los metales es el oro;
 Rey es el sol del estrellado cielo,
 Y reina el agua del terrestre suelo.»
 Al repartir el alto poderío
 De cielos y de tierra,
 El fiero rayo, que al mortal aterra,
 Tocó al supremo Jove; el mundo umbrío
 Tocó al dios que domina
 Los reinos de la negra Proserpina;
 Y de las aguas el imperio hermoso
 A ti tocó, Neptuno venturoso.

XVI.
AL NATALICIO DE LA REINA.

No siempre lanza el enojado cielo
 El fiero rayo de la nube horrenda,
 Ni el Ponto siempre de espumosos montes
 Brama encrespado.
 Cuando amenazan los eternos ejes
 Saltar, y el orbe abandonar al caos,
 Súbito el aire de risueña lumbre
 Todo se anima.
 Infantas horas, que de horror y sangre
 Mares y tierras funestais implias,
 Volad ¡ay! prestas, y en los yertos polos
 Id á fijaros.
 Y si ya el trueno del sangriento azote
 Sonó de Marte en la estrellada cumbre,
 Vén ya, paz alma, y á tu blando influjo
 Nazca la dicha.
 Nazca ya, ¡oh cielo! y el natal festivo
 De la que el trono de Isabel ocupa,
 De tus piedades el natal, oh cielo,
 Haz amoroso;
 Ya que tus gracias de piedad celeste
 Son bella imagen, adorada reina,
 Que del diadema á tu nativo brillo
 Cede la gloria;
 Y de tu pueblo si el amor se queja
 Del alto sôlío que de tí lo aparta,
 Luégo, más sabio, de mayor corona
 Rica te quiere.
 Y eleva al cielo agradecidos himnos,
 Que cuanto bella te formó fecunda
 De augusta prole, que la lis borbónica
 Inmortalice.
 ¡Oh infante regio, en las doradas alas
 Hayas venido de inmortal ventura!
 ¡Présaga estrella de mejores dias
 Para la Iberia;
 Y para el mundo, si ordenara Jove
 Que los ya todos vacilantes tronos
 Afirme Carlos, y la herencia sean
 De tus hermanos!
 Y el sol de España en los menores astros
 Su luz refleje, y á su gloria vuelto,
 Por tí lo goce, oh Cibéles nueva,
 Madre de reyes.

XVII.

AL REY INTRUSO JOSÉ NAPOLEON,
CUANDO ENTRÓ EN CÓRDOBA EN 1810 (1).

*Omnibus lactis nostras militantis oras
 Intret rex noster.*

De rosas y de mirto coronadas,
 Canten del Bétis las festivas drias
 Al sol benigno, que de luces plias
 Viene á dorar sus márgenes sagradas.
 Sol de más dulce encanto
 Que al que de luz fulgente
 Visten las bellas horas áureo manto,
 Y al grato rayo de su ardor clemente
 La hermosa turba, en danzas extendida,
 Nuevo amor las inflame y nueva vida.
 Venció de Alecto la infernal caterva,
 Y de Pirene hasta el hercúleo estrecho
 Ardío en su llama el español deshecho.
 Nada á la muerte á su furor reserva;
 Yaces, misera España,
 Desolada al combate
 De la propia opresion y de la extraña;
 Mas de la doble muerte que te abate,
 Tu rey, astro de vida, te rescata
 Y el bien por tu ancho término dilata.

(1) DON MANUEL MARÍA DE ARJONA compuso esta oda cuando llegó á Andalucía el rey don Carlos IV en 1796, y la refundió su amigo el abate don José Marchena para obsequiar á José Napoleon, no pudiendo hacerlo por sí mismo, por estar enfermo á la sazón DON M. M. DE ARJONA. Esta composicion fué el cargo principal que se hizo á éste en la causa de infidencia que se le formó en 1814. (Nota del señor don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza.)

Tal, esplendor benéfico sembrando,
 De entre las ondas del rosado Oriente
 Nace del día el padre refulgente,
 Los plácidos celajes matizando;
 Y del Indo distante
 Esparce el almo aliento
 En el carro de nido diamante,
 Al orbe mustio, de su luz sediento;
 Hasta que la cuadriga voladora
 Pisa otra vez los reinos de la Aurora.
 Así el Bétis te admira cuando goza,
 A tu influjo, el descanso lisonjero,
 Al tiempo que de Marte el impio acero
 Aun al rebelde catalan destroza.
 La paz que en tu semblante
 Y que en tu pecho mora,
 Nos fué presagio del feliz instante,
 Término de la Parca destructora.
 Gózale grata, en fin, oh patria mía,
 Y honra á tu rey en himnos de alegría.
 No el despótico error más inhumano
 Te oprimirá en ignoble cautiverio,
 Ni negará el laurel que en el imperio
 Del primer Carlos pretendiste en vano;
 Aurora sepultada
 En nublado día
 Fué aquella tu esperanza malograda;
 Mas ya suelta la férrea tiranía,
 No clames, Bétis, en tu orilla amena
 Por las glorias del Támesis y el Sena.
 Reinará la abundancia, y en su seno
 Verás domar al piélagos tus robles,
 Y no quebrados tus intentos nobles,
 Tu nombre antiguo gozarás de lleno;
 Dos siglos son pasados,
 Oh España, que no existes,
 Cuando á impulso de genios elevados
 Te ves nacer de entre fragmentos tristes,
 Por tanta hazaña, oh Pálas, ya previenes
 El más digno laurel de régias sienes.
 Y así, ¡oh gran rey! á su region te llama
 En que sólo ser puedes coronado;
 Donde el Bétis, del Tíber envidiado,
 Por los tartesios campos se derrama;
 Que antigüedad sagrada
 Aquí al árbol dió asiento
 Que es de la dulce paz insignia amada,
 Y del culto de Pálas ornamento;
 Y aquí, de ciencia y paz doble corona,
 Hoy el coro ha de darte de Helicon.
 Aquí el Eliseo campo venturoso
 Pintó el cantor de la venganza argiva,
 Y Argantonio y Gerion copia festiva
 Aquí gozaron en feliz reposo.
 Aquí naturaleza
 Prodigó sus delicias,
 Porque del mar vieran la aspereza
 Púnicas proras, griegas y fenicias,
 Hasta que la fortuna dió al romano
 El confin del incauto turdetano.
 Febo de luz, más pródigo, le baña;
 Vos dadle luz de amor más encendida;
 Que él es, Señor, delicia de la vida,
 Como vos sois delicia de la España;
 Ni recuerda memorias
 Más de Minerva ó Marte,
 Que, despreciando sus antiguas glorias,
 Ya su gloria mayor pone en amarte:
 Gozad, gozad su amor, y eternamente
 Orne su verde oliva vuestra frente.

XVIII.

AL REY, NUESTRO SEÑOR, DON FERNANDO VII
DE BORBON, CON MOTIVO DEL LABORIOSO PRIMER
ALUMBRAMIENTO DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA,
DOÑA ISABEL DE BRAGANZA.

Quando á las anras de la vida vienen
 Los miseros mortales,
 A cada cual sus términos previenen
 Las leyes celestiales;

Leyes que el impio quebrantar intenta,
 Y á que el sabio tranquilo se presenta.
 No bien en brazos de la tierna cuna,
 Oh Fernando, yaciste,
 Cuando un ángel predicó tu fortuna,
 Ya próspera, ya triste;
 Y «Yo soy, clama, el que ordené los dias
 De David y de Job y de Tobias.
 » Yo soy quien, de los inclitos varones
 El rey de vida y muerte,
 A dirigir destina las acciones
 Y el órden de la suerte.
 Yo hago á David temer de un rey tirano,
 Y yo lo elevo al sôlío soberano.
 » A este, españoles, que en la cuna gime
 Recien nacido infante,
 Veréis que fiera la fortuna oprime
 Y que él triunfa constante:
 Serán, Fernando, siempre tus contentos
 Premios de horrendas penas y tormentos.
 » Penas, tormentos, ansias y dolores
 Son tu herencia, oh Fernando;
 ¡Ay! la fortuna todos sus rigores
 Miro en tí ya probando.
 ¡Qué nube atroz te cubre! ¡Cómo España
 La noble sangre de tus hijos baña!
 » Desde el Tajo y el Ebro al Guadalete
 Muerte y cadenas mira;
 Teme aún el mar al impio que acomete,
 Ya su furor retira.
 El cielo de su España, y su gemido
 Se pierde entre las nubes no atendido.
 » No, empero, ilustre príncipe, al desmayo
 Tu corazon se humille;
 Invierno asolador hace que en Mayo
 Más grato el cielo brille:
 Toma este escudo, que el Señor te envia,
 Y en él solo reposa, en él confía.
 Dice; y cubriendo al Príncipe el escudo,
 Del cielo justo premio,
 Dejó oprimido de un espanto mudo
 Al escogido gremio
 A quien ver tal portento fuera dado
 Del tiempo, fiel intérprete, explicado.
 Así, madre de sabios, tu maestra
 La adversidad ha sido;
 Así, ceñida de virtud tu diestra,
 Gran rey, te ha esclarecido;
 Así, por tus dolores educado,
 Serás de insignes príncipes dechado.
 Mas tú, que pruebas del mortal la fuerza,
 Arbitro del destino,
 No dejas, no, que abandonado tuerza
 De virtud el camino:
 Tú le asistes amante, y le sostienes
 Para que, justo, goce de tus bienes.
 Tú á Fernando esforzaste en los momentos
 De dolor y amargura,
 Cuando entregada á todos los tormentos
 De la afliccion más dura
 Vió á su régia consorte, y con el velo
 Ya de la muerte oscurecerse el cielo.
 Negras sombras en torno discurrían
 Del réal aposento,
 Que cruzar por los techos parecían
 Con un sordo lamento,
 Y devorar con súbita mudanza
 De España y de Fernando la esperanza.
 Ya con su mano rígida de hielo
 El aire congelaba,
 Hijo fiero del norte, el desconsuelo;
 Ya su ceño mostraba,
 Vuelto el cielo de bronce.... pero ¡cuándo
 ¡Oh Dios! tú desamparas á Fernando?
 Cual ya rendido á tempestad furiosa
 Misero navegante,
 De la muerte la imagen espantosa
 Sólo mira delante,
 Y cuando está de su desgracia cierto,
 Sin esperar, arriba al caro puerto;
 Tal con su rey querido ¡oh cielo santo!
 Dulce mudanza hiciste;

De inesperado gozo amable llanto
Sucedó al llanto triste;
La esfera del horror desaparece,
Y la aurora de júbilo amanece.
Desde el Olimpo precipita el vuelo
La cándida alegría,
Y con el almo néctar del consuelo
Dulcemente rocía
El pecho de Fernando y de Isabela,
Y á reanimar despues á todos vuela.
No ménos que rey bueno, digno esposo,
¡Que suave arrebató
Te baño en el placer más delicioso
Cuando el vivo retrato
Viste nacer de tu adorada esposa,
Y duplicar tu sér la infanta hermosa!
Así cuando al zenit la luna llega,
Tan pura se retrata
En el cristal marino, que despliega
Doble el rayo de plata,
Y el copiado esplendor al marinero
No es ménos que su fuente lisonjero.
Mas por toda la tierra venturosa,
Que uno y otro mar baña,
Ya ha volado la fama presurosa;
Ya de toda tu España
Es dolor tu dolor, como en placeres
El placer solo de tus pueblos eres.
Un cuerpo es toda España, que ¡oh Fernando!
Por tí y para tí vive,
Tu bien sólo, tu dicha sólo amando.
Benigno, pues, recibe
El homenaje que ofrecerte debo:
Es de mi patria el voto, que á tí elevó.

XIX.

ESPAÑA RESTAURADA EN CÁDIZ.

ODA DEDICADA Á LA MEMORIA DE JUAN DE PADILLA (1).

Sal del sepulcro, deja tu manilla,
Revestete de luz y de grandeza,
Oh sombra gloriosa de Padilla,
Que grata España á venerar empieza.
La España, que á un patíbulo afrentoso
(¡Gime, oh patria!) la vida vió entregada
Del ciudadano fiero y generoso
Por quien Castilla fuera reengendrada.
Vuela al cadalso el águila insolente,
De su triunfo ufanándose inhumano,
Y la corona arranca de la frente
Del héroe más ilustre castellano.
Murió tu libertad, oh patria mia;
La Austria altiva te ciñe las cadenas;
Vengad, cielos, vengad su tiranía;
Oh vencedor, tú á muerte te condenas.
Tiembla, tirano; á tu pesar, del cielo
Baja al suplicio la virtud florosa,
Y al héroe moribundo rasga el velo
En que se encubre edad más venturosa.
Muere, le dice, con héroe aliento;
Tu sangre será el fuego que algún día
Llegando España hasta el postrer momento,
La vuelva á su primera valentía.
¡No ves dó quiebra la ira poderosa
El Atlántico mar, una luz grata
Que crece poco á poco, y victoriosa
Por los dos hemisferios se dilata?
¡Ya las columnas de Hércules altares
Son de la libertad; allí la España
Une, á pesar de los inmensos mares,
Sus hijos, que gozosa en llanto baña;
Y á su seno estrechándolos piadosa,
Sus manos lleva á la sagrada pira.
Que á la de Mucio emula, y orgullosa
Odio eterno á tiranos les inspira.
¡Jurais, les dice, libres y atrevidos

(1) Esta oda fué publicada por don Isidoro Antillon, en El Patriota (8 de Enero 1814). (Nota del Colector.)

Lavar la mancha que imprimió en mi frente
La austriaca tiranía, y sometidos
Nunca veros á despota insolente?
¡Jurais que á ese tirano, cuyo imperio
Medrosos reinos con infamia humilla,
No sufriréis que en torpe cautiverio
Incline vuestra madre la rodilla?
«Juramos», claman: agitado el viento
Lleva en vuelo los gritos hasta el Sena;
Y del libre español el noble intento
Del esclavo frances es mengua y pena.
Así gozoso el inmortal Padilla
Miró las glorias de su patria amada,
Al tiempo que la bárbara cuchilla
Sobre su cuello descendiera airada.
Mas de su espada, que aún gloriosa vive,
Armate, España, y al tirano aterra;
Y en tu naciente libertad recibe
Nuevo valor para tu honrosa guerra.
Así Roma triunfó cuando su asiento
El Janículo daba al Rey de Etruria;
Así cuando del galo fraudulento
Quiso con oro redimir la injuria.
Dada la gloria que á Camilo sea
A tí ley sacrosanta (2), por tí España
No otro laurel ni triunfo ya desea
Que eternizar en paz tan alta hazaña.

XX.

TRADUCCION DE HORACIO.

Otium Divos rogat in patienti
Prencus Egco.
Oda xvi, lib. II.

Ocio á los dioses en el ancho Egeo
Pide el piloto cuando negras nubes
Cubren la luna, y las estrellas vibran
Luces dudosas.
Ocio la Tracia, enfurecida en guerras;
Ocio los Medos, en saetas claros (3).
Que ni las perlas, ni el purpúreo manto
Compra, ni el oro.
No la riqueza ni el licitor del cónsul
Del alma apartan los tumultos tristes,
Ni los cuidados que el dorado techo
Cruzan errantes.
Bien vive, oh Grosfo, quien brillantes mira
Sobre la mesa las paternas copas,
Ni el leve sueño la avaricia ó miedo
Torpes le quitan.
¡Por qué lanzamos á futuros dias
El pensamiento, y otro sol buscamos
En nuevas tierras, de su patria huyendo,
Quien de sí huye?
Sube el cuidado á las ferradas naves,
Sigue al jinete en las fugaces turbas
Más que los cervios, más veloz que el Euro,
Dueño del Ponto.
Contento el pecho en lo presente, olvide
Lo venidero, y con tranquila risa
Temple lo amargo. ¡Quién halló en el mundo
Dicha completa?
En flor á Aquiles arrancó la muerte,
A Títon lenta senectud marchita;
Y á tí te niegan lo que darne acaso
Quiieren las horas.

(2) Ley sacrosanta es una corrección que hizo ARJONA en el texto primitivo. Este decía, segun se ve en el borrador autógrafo: A tí Wellington sabio. (Nota del Colector.)

(3) Notable por su concisión y elegancia es la presente traducción, hecha en el mismo número de estrofas que el original, y en forma análoga á la empleada por Horacio en su bella oda. Pero el atildamiento y la rapidez del estilo hacen incurrir á ARJONA en oscuridad en esta frase en saetas claras, que sólo de una manera harto alambicada podría significar lo que Horacio quiere expresar en este verso

Otium Medi pharetra decori;
esto es: descanso piden los medos de brillante aljaba. (Nota del Colector.)

Rebaños ciento y sicilianas vacas
Para tí mugen, para tí relinchan
Yegnas dispuestas á cuadriga; en doble
Púrpura tintas
Te visten lanas; mas pequeños campos
Y un corto aliento de la griega musa
Me dió la Parca, y despreciar al vulgo,
Siempre maligno.

SÁTIRAS.

Á FORNER.

Caro Forner, á quien jamas escaso
Fué el Cintio de favores, ni reserva
Sus ocultos misterios el Parnaso,
Aunque tan lejos de vulgar cetera,
Lugar entre los héroes te prepara,
Y á su trono el más próximo Minerva,
Sin duda que aún ignoras la más rara
Revolución que nunca en él ha habido,
Y ni esperar jamas mortal osara.
Las Musas dolorosas la han gemido,
Y quieren que tus versos la libráren
De las oscuras sombras del olvido.
¡Oh! cómo luégo el grito levántáran
Los cuervos de Aganipe, que graznando
A España en papalajos infestáran.
Despues que la gran Híspalis dejando,
Memorias renové del patrio nido,
La tuya siempre á todas enlazando,
De mi fatal estrella ya aburrido,
Pues más de siete veces tenté en vano
El nimen despertar entorpecido;
Desesperado con furor insano,
Arrojé con despecho el plectro y lira,
Y maldije al de Delfos, dios tirano.
Que en lugar de mostrar aquella ira
Con que al necio flautista dió la muerte,
Que osado á competir con él aspira,
Arrebatarme de un impulso fuerte,
Súbito vi, y, al Pindo trasladado,
Al dios lumbroso hablarne de esta suerte:
«¡Por qué conmigo tan injusto enfado?
¿Cuándo yo te olvidé? ¿Cuándo contigo
Mi favor soberano he recatado?
¿Cuando el partido gótico enemigo
Abatirte intentaba, yo de Midas
Retraté en sus orejas el castigo.
«Sus fuerzas aún de nuevo recogidas,
De este monte las sacras moradoras
Con risa las dejaron confundidas.
«Que al público las Musas burladoras
Del Tagarete (1) el sucio coro dieron,
Con zampoñas por cítaras sonoras.
«Si tus súplicas ahora no tuvieron
El suspirado fin, Fileno mio,
¡Oh! ¡qué dichosas, qué dichosas fueron!
«¿Cuánto ha perdido ya mi señorío!
¡Ah! decretos altísimos son éstos
Del que modera el mundo á su albedrío.»
Yo un poco reportado, «¿Qué finestros
Mandatos, dije, tanto ya han osado?
«Ya están los cielos á mudanza expuestos?....
«No, jóven, toques velo tan sagrado....
«Mas mi amor, oh gran Dios, me hace atrevido;
El amor con que siempre te he adorado.
«Desde mi tierna edad yo te he erigido
Continuamente altares, y piadoso
Mil santos holocaustos ofrecido.
«Y sabes que un partido numeroso
He atraído á tus aras, de clientes,
Que adorasen tí nimen poderoso.
«Pues si de dioses es el ser clementes,
¡Por qué á un amante alumno no confías
Tus secretos y tristes accidentes?»

(1) Arroyo inmundó que había en Sevilla.

Da un profundo suspiro, y «Tus porfias
Me han vencido, responde; oye el suceso
De las amargas desventuras mías.
«De la sabrosa lira el embeleso,
A aumentar el del vicio convertido,
¿Qué no manchó con su insolente exceso?
«Su santo honor el Pindo vió perdido,
Su crédito las Musas profanado,
Mi culto yo del mundo aborrecido;
«Y el coro de los dioses convocado
Ante el trono del Padre Omnipotente,
Contra mí su furor miré animado.
«Cuando más que entre ejércitos, ardiente
Minerva prorumpió: «Padre querido,
¿Mi nombre dejas perecer vilmente?
«Mis dominios Apolo ha pervertido,
Sus vates la maldad preconizado,
Y tu cetro su insania no ha evadido.
«Bastante tiempo el mundo han dominado;
¿Triunfará siempre la maldad felice?
¿Siempre ha de verse el vicio sublimado?
«Haz que tan santa raza se eternice,
Y del sólio descende, en que te adoro,
Porque en él la licencia se entronice.
«El que á Dánae venció con lluvia de oro,
Y por rendir á Europa fraudulento,
No la figura desdeñó de toro,
«Mostró en su rostro enojo tan sangriento,
Que de sentir su cólera sagrada
Tembló todo el excelso firmamento.
«La turba celestial arrebatada,
Clama, de igual furor; que la torpeza
Del vicio (el vicio no) les desagrada.
«El más ínicuo muestra más fieraça,
Y Vénus ¡santa diosa! con gran furia
Los peligros pintó de la pureça.
«La luz que hizo patente su Injuria,
Aun más que la cadena vergonzosa,
Es en su pecho sempiterna injuria.
«El supremo Senado tan piadoso
Súplica atiende, y justo determina
Cubrir de infamia mi mansion honrosa.
«No se escucha mi voz, ni los inclina
El amor de lo recto á la venganza,
Sino un reo temor, que los domina.
«De un sabio medio ya no hay esperanza,
Y tanto es su rencor, que se arrepite
Minerva de su incauta destemplanza.
«Ella el golpe fatal primero siente,
Y su imperio, le mandan, pueble luégo
Hórrida chusma de mezquina gente.
«Contra mí vuelve al punto su odio ciego,
En abatirme tan desenfrenado,
Que mi divinidad en vano alego.
«Tanto, que el sumo Júpiter, airado,
Queriendo castigar en mí el descuido
Por el rigor de su inscrutable hado,
«Aunque inmortal, á penas sometido
Por el tiempo me hizo que su imperio
En sus arcanos tiene establecido.
«Ves, jóven, ya el recóndito misterio;
Y por qué, como á tantos, mi invocado
Favor no quise hacer tu vituperio;
«Que, en mi ira vengativa, he prodigado,
Para que logre Bivio (2) despreciable
El asiento á Virgilio destinado.
«Fué este trueque á los dioses agradable,
Porque así el estre noble gemiría
En opresion más dura y miserable.
«Y fuélo más á mí, que preveía
Cansado el mudo á necesidades tales,
Que sufrirlas más tiempo no podría.
«Al fin astuto acomodé mis males,
Y la raza aborté, que notar debe
Con negra piedra España en sus anales.
«El uno hinchado y tímido promueve
Las demencias del siglo gongorino,
Porque Endimion más duro sueño pruebe.

(2) Bivio, mal poeta romano. De él dijo Virgilio: Qui Bivium non odit, amet tua carmina. Mævi.... (Nota del Colector.)